

La violencia en manos del pueblo...”. La Agencia de la inteligibilidad social en el corpus documental montonero. (1970-1974).

Gil, Germán.

Cita:

Gil, Germán (2017). *La violencia en manos del pueblo...”. La Agencia de la inteligibilidad social en el corpus documental montonero. (1970-1974). XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/367>

Nº Y TÍTULO DE LA MESA: Mesa 67. “Lucha armada y violencia política en la Argentina. Entre la memoria pública y la investigación histórica”.

TÍTULO DE LA PONENCIA: “*La violencia en manos del pueblo...*”. *La agencia de la inteligibilidad social en el corpus documental montonero (1970-1974)*.

APELLIDO Y NOMBRE DEL AUTOR: Gil, Germán

PERTENENCIA INSTITUCIONAL: Carrera de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. U.B.A. (alumno. L.U.: 13.368.838).

PARA PUBLICAR EN ACTAS.

“LA VIOLENCIA EN MANOS DEL PUEBLO...”.
LA AGENCIA DE LA INTELIGIBILIDAD SOCIAL EN EL CORPUS DOCUMENTAL
MONTONERO (1970-1974)

“[...] *disímil es una intervención violenta inmediata cuyo fin se proyecta a corto plazo que la atravesada por un cálculo estratégico que distancia considerablemente los objetivos de los medios.*

Dado que la acción nunca puede prever sus consecuencias y escapa al control de los actores, a mayor racionalización por parte de estos, a mayor distancia establecida entre los medios y los fines propuestos, menos racionalidad tendrá la violencia

(ya no para quien la ejerce y racionaliza su acción, sino para el espectador, el historiador o el analista)”¹

DANIELA SLIPAK

Desde 1996, el corpus historiográfico relacionado con las organizaciones armadas argentinas que operaron en las décadas de los 60s-70s se ha ampliado notablemente, especialmente en lo que se refiere a fuentes primarias: recopilaciones de documentos, entrevistas, imágenes fotográficas o filmográficas y, especialmente, testimonios y memorias, han ensanchado enormemente el campo a roturar mediante la actividad analítica de los historiadores.

Sin embargo, y a pesar de los avances que –demasiado lentamente- se han hecho, la historiografía académica apenas ha logrado una escasa proyección teórica sobre el tema. En

¹ SLIPAK, DANIELA. *Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones*. Buenos Aires. Siglo XXI ed., 2015, p. 49.

general, algunos trabajos ensayan un enfoque puramente fenomenológico, que no logra articular la historia del accionar armado con el del conjunto de la sociedad argentina; esa impotencia, frecuentemente, se transforma en explicativa por sí misma, ya que lleva a esos autores a la conclusión que el accionar guerrillero estaba divorciado de las praxis concretas de la sociedad en la que actuaban, cuando es quizás el propio historiador el que no encuentra las claves teóricas que permitan restituir esa articulación, supuesta (o lo que es peor aún, muchas veces presupuesta) como inexistente.

Lo realmente grave de estas carencias es que, de esa forma, los historiadores estamos aportando muy poco en la comprensión de un proceso que forma parte de la historia argentina reciente; nuestros textos giran tímidamente alrededor de ciertos conceptos teóricos igualmente tímidos –o temerosos- escasamente audaces, mientras a nuestro alrededor, las redes sociales (ese termómetro de la sociabilidad política, cuyas proyecciones apenas empezamos a intuir) explotan en acusaciones y defensas ardientes, de una vehemencia extrema cada vez que algo pro-voca el tema de la violencia en los 70s; acusaciones y defensas muchas veces incoherentes, sí, pero que revelan dos aspectos de la cuestión: por un lado, el profundo trauma dejado por esa historia argentina reciente en una sociedad que no encuentra claves para interpretar su pasado y, por ende, su presente; por otro lado, la función que los científicos sociales no estamos cumpliendo, al no haber podido elaborar e incorporar al debate público herramientas con las que esa sociedad pueda pensar ese pasado traumático. Intentamos hoy aportar un elemento que pueda servir para esa profundización teórica que nos está faltando. Específicamente, nos proponemos intervenir en la metodología con la que las fuentes documentales producidas por las organizaciones armadas han sido abordadas hasta el presente. En efecto, en la bibliografía existente –y salvo algunas excepciones muy notorias, como el clásico trabajo de Sigal y Verón-, estas fuentes han sido analizadas desde un marco teórico puramente objetivista, particularmente desde el esquema lingüístico-operacional de Jakobson. Esta visión funcional del lenguaje presupone la existencia de mensajes que circulan desde un hablante hacia un oyente, a través de un medio, con la existencia de un código en común y un referente absolutamente externo al mensaje que lo alude. Por esa razón, en la práctica historiográfica concreta, el discurso de esas fuentes es interpretado como transparente en sí mismo, sin otros pliegues que los que la pura gramaticalidad haya articulado en ellos.

Las limitaciones de este esquema son hartamente conocidas y, desde las disciplinas del lenguaje, han sido ya reiteradamente señaladas. Muchas de esas críticas son especialmente sensibles para el quehacer historiográfico. Particularmente, para el tema que nos ocupa, es evidente que definir sujetos sociales exclusivamente por su función de emitir o de recibir mensajes es una simplificación abrumadora; de la misma forma, suponer que un código, *en su totalidad*, es compartido por dos sujetos sociales que, además, adjudican a los distintos tipos de signos una significación unívoca, es pensar en lo excusado. Por otra parte, tanto la percepción de un sujeto social como “hablante” o como “oyente” presupone actitudes pasivas de emisión o recepción casi puramente fisiológicas, impermeables inclusive a las propias reacciones del interlocutor (reacciones que, por otra parte, el esquema presupone inexistentes, ya que el “hablante” -una “pura boca”- se dirige a un “oyente” -una “pura oreja”- y no a un ser humano integral) a todo lo que no sea la literalidad del mensaje. Por lo demás, la externalidad del referente respecto del mensaje que a él se refiere ha sido larga y ásperamente debatido en el seno de nuestra disciplina al enfrentar los desafíos a los que el “giro lingüístico” nos enfrentó y enfrenta. Partir de un marco teórico objetivista implica aceptar la transparencia de los elementos que intervienen en el intercambio lingüístico y, por tanto, a una interpretación del mensaje exclusivamente desde su literalidad; esto conduce a una hermenéutica puramente positivista en la que el único problema a decidir es si la relación con el referente es “verdadera” o “falsa” (con sus variantes: sinceridad, solapamiento, etc.). Las evidentes limitaciones de esta forma de concebir el lenguaje pueden notarse, por ejemplo, en las discusiones acerca del Comunicado n° 4 emitido por Montoneros en relación con el “Operativo Pindapoy”². Su cierre “Que Dios Nuestro Señor se apiade de su alma” ha sido discutido en términos de ironía (acerca de la sinceridad de tal petición) o de identidad (acerca de si se trataba de un grupo católico de ultraderecha, vinculado al gobierno de Onganía). Ambos debates se alimentan del presupuesto de la unicidad de códigos: “cristianismo” define, para todo hablante, un determinado cuerpo de creencias, prácticas y formas de inserción en la dinámica social; por ende, si un ajusticiamiento de este tipo choca contra esos significados presupuestos como únicos, sólo puede tratarse de una ironía o de una falsa identidad. Esto obtura la posibilidad de ver que los significantes religiosos del

² Fue el nombre que los participantes dieron al juicio y ejecución de Aramburu. Cf. *La causa peronista*. Año I, n° 9. Buenos Aires, martes 3 de septiembre de 1974. p.31.

comunicado no tienen porqué trasuntar la adscripción a una única visión de la fe y de la práctica religiosa, sino que pueden revelar la existencia de experiencias religiosas subjetivamente diferentes, que conduzcan a percepciones distintas acerca del compromiso cristiano y la forma de volcarlo en la práctica social. Pero para percibir esto, es necesario partir de la base de que los actores involucrados no son “puras bocas” o “puras orejas”, sino que son sujetos sociales con historias y experiencias disímiles y que, si bien comparten la base común de un código (el idioma), no necesariamente se han apropiado de los mismos segmentos de ese código ni otorgan los mismos valores a los signos y significaciones que manejan.

Precisamente, visiones del lenguaje como la de Mikhail Bajtin o Emile Benveniste nos permiten pensar el intercambio lingüístico no como protagonizado por “hablantes” u “oyentes”, sino por sujetos sociales, que incluso interactúan *precisamente* en el momento mismo de la enunciación; el enunciatario –ya no un mero “oyente”- “toma una activa postura de respuesta”³ en el momento mismo de la enunciación, lo que a su vez influye el discurrir del enunciadador; así, el mensaje no es un todo cerrado, planeado e inmodificable, sino que se va forjando como producto de esa interacción.

Si esto es lo que ocurre en el acto de enunciación *in praesentia*, en el caso de la recepción diferida (como el de los enunciados escritos) implica de parte del enunciadador la presuposición de la situación de recepción en la que se encuentra el enunciatario y la adecuación del mensaje a esa “situación de recepción presupuesta”. Cuando el enunciado es, además, público, es incluso el propio enunciatario el que debe ser presupuesto, no en cuanto a su individualidad, lógicamente, pero sí en cuanto a algunos rasgos identitarios que resultan claves para establecer los parámetros en la producción del enunciado. Precisamente por esto, los enunciados escritos están marcados, están *hollados* por los preconceptos y prejuicios del enunciadador acerca de quién y cómo es el lector, en qué situaciones previsibles podría tomar contacto con su enunciado y, por lo tanto, cuál es la mejor estrategia discursiva para realizar la conatividad que todo enunciado, después de todo, lleva en sí. Desde este punto de vista, un enunciado puede decirnos mucho acerca de la visión que el enunciadador tiene de sus potenciales lectores (y cuando esa potencialidad es amplia, la visión del seg-

³ BAJTIN, MIKHAIL M. “El problema de los géneros discursivos”, en *Estética de la creación verbal*. México. Siglo XXI ed., 1992, p. 257.

mento, más o menos grande, de la sociedad al que se dirige) y quién, cómo y para qué pretende que lea el texto que ha producido.

Creemos que, desde una concepción intersubjetivista del lenguaje (y por lo tanto, de la sociabilidad), el corpus documental de las organizaciones armadas mostraría múltiples niveles de significación, que aportarían muchos elementos de análisis para comprender esa etapa de la historia reciente y constituiría una herramienta más para la reelaboración de ese “pasado que no pasa”. En esta ponencia, nos acercaremos, mediante esta concepción, a uno de los problemas historiográficos específicos que nuestro tema plantea.

Una de las cuestiones más debatidas en relación con el accionar de las organizaciones armadas en la Argentina ha sido el grado de identificación que la sociedad ha construido en relación con las prácticas político-militares de esas organizaciones, y específicamente con las que entrañaban el uso de la violencia. El problema presenta derivaciones que afectan a la conceptualización misma de los movimientos armados. En efecto, una separación y una ininteligibilidad **absoluta** entre organizaciones y sociedad darían al accionar de esas organizaciones formas terroristas, en la medida en que la sociedad no sólo no se habría configurado ni como interlocutora ni como partícipe —en la forma de representación— de esas prácticas político-militares, sino que inclusive podría haberse percibido como víctima potencial de las mismas. En el otro extremo del espectro, una identificación completa entraría dentro de la configuración imaginaria propuesta por las “orgas” —la “guerra del pueblo”— en la que ellas mismas se definían como la “vanguardia armada” de esa sociedad o, con distintos matices, de una parte de ella (la clase obrera y/o el pueblo).

El problema se espesa notablemente cuando hablamos de las organizaciones armadas peronistas. En efecto, aunque policlasista en su composición social y en su configuración ideológica, el peronismo ha insistido en presentarse como un movimiento político en el que la clase obrera ha encontrado la “legítima defensa de sus intereses”. A partir de 1955, y particularmente en la etapa de la Resistencia, la imagen que el segundo peronismo proyectó (y autoproyectó) se reconfiguró como combativo y de composición mucho más proletaria y suburbana. Más allá de los matices que esta configuración imaginaria presentó, es indudable que, hacia la época que nos ocupa, el peronismo seguía siendo la formación política absolutamente mayoritaria de los trabajadores en la Argentina, y la más genuina expresión política de esa clase, de sus construcciones culturales y de sus reivindicaciones.

Mientras el peronismo fue el “enemigo principal” que la derecha argentina combatió (y temió), la identificación clase obrera-peronismo sirvió para denigrarlo: por añadidura, no era la clase de los obreros “viejos”, descendientes de los europeos inmigrantes, sino el de los “cabecitas negras”, llegados desde el interior en las décadas del ’30-’40, para aprovechar las ventajas artificiales de la “industria flor de ceibo”- era el de la barbarie, el del nuevo rosismo, el de “alpargatas sí, libros no”, el que renegaba de toda la “cultura argentina” que había llevado al país a ser la 6° potencia mundial (un lugar más proclamado que demostrado) durante los felices años del modelo agrario exportador...

Pero el giro impuesto a lo largo de la década del ’60 por la Revolución cubana primero, por la progresiva extensión de una nueva izquierda revolucionaria a lo largo del continente después y por la aparición de síntomas revolucionarios en la propia sociedad argentina, finalmente, desplazaron al peronismo del lugar del “enemigo principal” y la derecha argentina tuvo que reposicionar todo el espectro político y admitir que la existencia de un movimiento obrero peronista ideológicamente policlasista y cuyas reivindicaciones no superaban las de una tímida reforma era el mejor de los mundos posibles en una región en la que el “Che” Guevara había caído en combate a unos cientos de kilómetros de la frontera argentina.

De modo que, ante la aparición de organizaciones armadas, el discurso de la derecha viró hacia la aproximación hacia el peronismo, convirtiéndolo en una especie de “compañero de ruta” en el enfrentamiento con las corrientes revolucionarias; en la medida en que éstas tenían como programa el socialismo –en diversos formatos-, colocaban como actor y protagonista principal a la clase obrera. Por lo tanto, el discurso de la derecha se centró en defender la identidad peronista de la clase obrera, a condición, claro, de que el peronismo se mantuviera policlasista como lo había sido en su década fundacional.

La aparición de organizaciones armadas peronistas –y específicamente, la estruendosa aparición pública de Montoneros- constituyó una señal de alarma en este esquema discursivo. Si el peronismo no podía ser un aliado “en bloque”, si había sectores que pretendían hacerlo virar a la izquierda, la batalla debía darse por la constitución de “verdadero” peronismo. Si la derecha defenderá al peronismo “tradicional” como el legítimo ocupante de ese lugar ideológico, por su parte, las organizaciones armadas no podrán menos que adjudicarse el papel de ser ellas mismas (o de formar parte del) “verdadero” peronismo.

En estos términos, el peronismo deja de ser un actor político, un movimiento con un programa político a desplegar, para pasar a ser un espacio cuya ocupación está en disputa entre legitimidades alternativas.

Ahora bien: la praxis propia de las organizaciones armadas presupone actos de violencia, en la medida que buscan romper el monopolio de la violencia por parte del Estado como paso indispensable para una toma del poder que inicie una transformación revolucionaria. Se enfrentan, no sólo al aparato militar estatal, sino a los aparatos ideológicos del bloque dominante, que pugnan por deslegitimar de mil maneras las acciones armadas llevadas a cabo por estos grupos. Si las organizaciones armadas no logran “colocar” en la sociedad una clave de lectura que torne inteligibles y legítimos esos hechos, no lograrán deslegitimar la dominación del bloque burgués y quedarán aislados. En el caso que nos ocupa, no podrían apoderarse del espacio simbólico “peronismo” y construir desde él un imaginario de poder alternativo al de la dominación capitalista.

Proponemos en este trabajo el análisis de un corpus integrado por documentos correspondientes a tres situaciones de enunciación completamente diferentes, aunque relativamente cercanas en el tiempo: los “partes de guerra” emitidos a lo largo de la “Operación Pindapoy” y las publicaciones alusivas a las ejecuciones de Rucci y Mor Roig. Buscaremos en ellas la clave de enunciación con la que Montoneros consideró que ese accionar armado se haría inteligible a ojos de la sociedad –y del propio peronismo-.

Un primer momento en la generación de esta clave de enunciación está dada por el secuestro, juicio y ejecución de Aramburu⁴. El “Comunicado n° 3”, más allá de la invocación al enunciatario (“Al pueblo de la Nación”), que constituye un imperativo de este género discursivo, asume el formato de la transcripción de un acta de sentencia judicial, con sus tres partes performativas, la última de las cuales formaliza el fallo y la sentencia. De acuerdo con la clasificación de Bajtin, este Comunicado presentaría el formato propio de los géneros discursivos “secundarios”⁵. La importancia de esta distinción es que, precisamente,

⁴ El corpus documental fundamental para este primer caso es “Mario Firmenich y Norma Arrostito cuentan cómo murió Aramburu”, en *La Causa Peronista*. Buenos Aires. Martes 3 de septiembre de 1974. Año I, n° 9, pp. 26-31.

⁵ Se trata de géneros cuyos enunciados están conformados, a su vez, con otros enunciados pertenecientes a géneros discursivos primarios. El ejemplo que da el lingüista ruso es el de la novela, en cuya composición,

supone que los imperativos que rigen ambos enunciados (el breve componente inicial de “Comunicado” y el de “sentencia judicial”) no son los mismos. La sentencia necesita justificar en términos jurídicos una pena de muerte, y por eso se ve obligada (el aspecto “imperativo” del enunciado) a reseñar los cargos que se le han imputado al procesado, lo que, a su vez, implica reconstruir parte de la trayectoria política de Aramburu.

Por lo tanto, esa reconstrucción es parte de un imperativo de género, y no una opción de enunciación. En otras palabras, los militantes montoneros no creen necesario explicar las razones del secuestro ni de la ejecución. Si lo hacen, es para cumplir con la formalidad genérica de la sentencia, que transcriben “al Pueblo”. Pero el nombre de Aramburu habla por sí mismo. Por fuera de la sentencia, no caben las aclaraciones, por innecesarias: el golpista del 55, la quintaesencia del gorilismo “libertador” (junto con Rojas), el fusilador del 9 de junio, el responsable de la desaparición del cadáver de Evita... Significativamente, al reponer el operativo, en la famosa entrevista “realizada” por *La causa peronista* en septiembre de 1974, el pueblo aparece como omnisapiente y actuante en el operativo⁶.

Así pues, no es necesario hablar mucho de Aramburu, porque *todos saben quién es*. Pero su “visibilidad” contrasta con la “invisibilidad” de los justicieros: nadie sabe quiénes son los Montoneros. Por eso, es importante explicitarlo, empezando, desde el Comunicado n° 2 hasta el n° 5, por aclarar quienes NO son: hay “falsos” comunicados que atribuyen el operativo a otras organizaciones, les atribuyen intenciones “falsas”, etc. En el último comunicado, aparece la definición positiva: quienes SÍ son: “profundamente argentinos y peronistas”, etc. Pero el operativo de visibilización no pasa sólo por definiciones políticas: es el propio nombre el que debe “entrar” en la opinión pública, el que debe “incrustarse” en el imaginario político de la sociedad argentina. Quizás a eso apunte el recurso de la anáfora

por ejemplo, puede articularse la transcripción de una carta que un personaje le envía a otro. En teoría literaria, se hablaba de *relatos enmarcados* cuando se articulaban en los discursos narrativos.

⁶ El pueblo aparece sabiendo ya las responsabilidades de Aramburu “por esa intuición que lo caracteriza”, con una certeza que no necesita de las formalidades de un juicio revolucionario. Por otra parte, el pueblo es el que “golpea [...] a medida que se va organizando en la lucha” (y este parece ser el primero de esos golpes). Por otra parte, también aparece nominando los hechos (“El Aramburazo, como lo bautizó el pueblo, [...]”). *La causa...* op. cit., p. 25.

(“Los Montoneros [...]”), que se repite en el comienzo de los párrafos 3º, 4º y 8º del Comunicado n° 4⁷, así como en todo el ítem I del Comunicado n° 5.

Consecuentemente, si el contenido de la primera pregunta del reportaje *El llanto del enemigo* interroga sobre el porqué de la operación Aramburu, la respuesta versa sobre el origen y el desarrollo de Montoneros; como si en ese origen y ese desarrollo estuviera encajada la clave de los motivos de la operación: ser montoneros (y por lo tanto, “profundamente argentinos y peronistas”) supone, casi como corolario lógico y consecuente, el ajusticiamiento de Aramburu. La cohesión entre la pregunta y su respuesta sólo puede hallarse ahí⁸.

De manera que, en el cotexto de los Comunicados, la dirigencia montonera reconoce (y procura subsanar, dentro de lo que las condiciones mínimas de seguridad lo exigen) su invisibilidad ante la sociedad; pero también presupone allí la completa transparencia e inteligibilidad del hecho producido. En términos del rescate que Daniela Slipak hace de Arendt, podríamos decir que la presunción del enunciador es la de haber producido un hecho cuya racionalidad (relación medios-fin) es tan fuerte, que no hace necesario un nivel mayor de racionalización basado en un cálculo estratégico: se trata de la venganza del Peronismo (a través de su “brazo armado”, como se define Montoneros durante ese primer año de existencia pública) sobre su principal victimario⁹.

En cambio, el caso de la ejecución de Rucci es notoriamente más confuso. Uno de los aspectos determinantes de la situación es que la Organización nunca “firmó” el operativo, y ello desconcertó enormemente a la opinión pública. En el momento, se barajaron dis-

⁷ Citamos el Comunicado n° 4 de acuerdo al texto incluido en BASCHETTI, ROBERTO. *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*. La Plata. De la Campana, 1995, pp.51-52. Es un texto extendido, en comparación con el formato mucho más breve ofrecido en “Mario Firmenich y Norma Arrostito...”, *op. cit.*, p. 31. Por otra parte, la anáfora es un recurso poético fuertemente mnemónico, lo que lo transforma en una figura ideal para esa “incrustación” del nombre de la nueva organización en el imaginario político colectivo.

⁸ “El llanto del enemigo. Reportaje a Montoneros”, en BASCHETTI, ROBERTO. *Op. cit.*, p. 61.

⁹ El cálculo basado en la suposición que, ante el desgaste de la figura de Onganía y de su proyecto de una reorganización de la sociedad argentina en términos corporativistas, Aramburu fuera “la carta liberal de recambio del régimen) y que por eso era preciso eliminarlo, presupone ya un cálculo estrategista de un grado de opacidad mayor para el nivel de análisis político de buena parte de la sociedad. Así parecen entenderlo los enunciadores de los Comunicados, ya que dedican a esta razón un espacio un tanto mayor que a aquéllas que configuran el hecho como una “vindicta del peronismo”.

tintas versiones: ¿habían sido, efectivamente los Montoneros, las bandas de ultraderecha vinculadas a López Rega, la CIA (en una operatoria paralela a la llevada a cabo el mismo mes en Chile, y que terminó con el gobierno y la vida de Salvador Allende), el ERP o quién?

La verdadera gravedad de estas incertidumbres radicaba en que la autoría era lo único que podía dotar de sentido al hecho, y que, efectivamente, de una a otra hipótesis se abrían enormes grietas interpretativas acerca de los motivos y los objetivos perseguidos con ese ajusticiamiento. Más aún: podría decirse que la determinación de los autores generaba un “tablero” político diferente, de cara a un futuro en el cual se abría nada menos que la ansiada o temida tercera presidencia de Perón.

El Descamisado, órgano oficioso de la JP y medio de agitación de Montoneros, produjo dos textos principales en relación con la muerte de Rucci: la editorial, firmada por Dardo Cabo y una especie de necrológica, a continuación, sin firma¹⁰. Centraremos nuestro análisis en el primero de los textos, que es sumamente interesante por la cantidad de pliegues discursivos y planos de lectura que presenta. De todos ellos, nos quedaremos con dos, particularmente importantes para nuestra perspectiva analítica.

Uno de ellos contrasta nítidamente con la estrategia discursiva elegida en los Comunicados, tres años antes. En efecto, si en aquel caso el enunciador presuponía que el hecho tenía una visibilidad (y una inteligibilidad) máxima para la sociedad, aquí nos encontramos, por el contrario, con un enunciador que acepta una densa opacidad de las causas de lo ocurrido. Aramburu había sido lo que “todos sabían que era”, y por eso había muerto, y por eso todos sabían por qué había muerto. El caso Rucci está en otra situación: no era “lo que había sido alguna vez”, y por eso no todos saben por qué había muerto; es decir, no todos pueden dotar de sentido al hecho. El problema es que si, como dijimos antes, ese sentido depende en gran parte de la autoría y Montoneros no reivindica el hecho, su vocero no puede construir esa inteligibilidad, no puede explicar a la sociedad por qué murió Rucci. “Acá todos somos culpables”, sostiene Cabo (lo que supone que nadie lo es), y consecuentemente, invita a

¹⁰ Cf. *El Descamisado*. Buenos Aires, 2 de octubre de 1973. Año I, n° 20, pp. 2-3 y 4-5, respectivamente. La necrológica se mueve en los límites de los imperativos de ese género discursivo, debido al tono crítico de muchos de sus pasajes, que no está de acuerdo con el tono panegirista de ese tipo de discursos, pero como el texto no “carga la mano” en ese tono crítico, puede seguir abordándose en esa clave de lectura.

“buscar las causas”. Por lo tanto, si la muerte de Rucci es incomprensible para la sociedad, Montoneros acepta esa inteligibilidad.

Pero en un segundo pliego, las causas aparecen; *sí* están dichas, bien que no vinculadas explícitamente como la causa del ajusticiamiento, en el enunciado de Cabo. Porque aunque formalmente afirme que “todos [ellos + nosotros] somos culpables”, por otro lado, a lo largo de los dieciocho años de proscripción del peronismo, “ellos” cambiaron y “nosotros” no. Al cambiar, “ellos” se alejan del “nosotros”, y por eso surgen como leales y los matan como traidores, a decir del enunciador.

De esta manera, la editorial es una obra maestra en la construcción de un texto de doble enunciatario: por un lado, la sociedad, hacia la cual Montoneros acepta y mantiene la ininteligibilidad de la ejecución de Rucci; por otro lado, una clave de lectura hacia el interior del peronismo, con “teléfono rojo” hacia Perón, que, en definitiva, había elegido a los traidores.

Porque Montoneros **necesita** mantener esa ininteligibilidad, esa opacidad del hecho ante la sociedad, como condición para poder permanecer ajenos a la autoría del atentado. El estratagemismo que éste encierra –se decía en la época: “tirarle un cadáver importante a Perón sobre la mesa, para obligarlo a negociar con nosotros- garantizaba esa ininteligibilidad ante una sociedad que había observado estupefacta el cadáver acribillado del secretario general de la CGT.

La ejecución de Mor Roig, por su parte, se construye discursivamente desde *La Causa Peronista*¹¹ -un medio periodístico de la Orga sucesor de *El Descamisado* y de su más inmediato *El Peronista*, ambos clausurados por el Poder Ejecutivo- como el reverso exacto de la estrategia discursiva utilizada en el caso Aramburu. Por cierto, el contexto es completamente distinto: la ruptura de Perón con Montoneros dos meses antes, la muerte del líder y la rápida y notoria derechización del gobierno de María Estela Martínez conforman un marco de enfrentamiento mucho más nítido y explícito.

La necrológica es un contrapunto entre un pasado y un presente: entre la etapa de Mor Roig como ministro del interior de Lanusse (el ayer) y el momento de su sepelio (el hoy), las palabras emocionadas de su antiguo jefe político y aun un coro de voces que repudian, con

¹¹ *La Causa Peronista*. Buenos Aires, 23 de julio de 1974. Año I, n° 3, pp. 20-23.

mayor o menor énfasis, el atentado: allí opinan desde dirigentes de la U.C.R. hasta el Partido Comunista, pasando por un representante de la burocracia política peronista, Adán Pedrini, y algún representante de la Vanguardia Federal. La elección no parece casual: el repudio viene de un arco de fuerzas que recuerdan la constitución de la Unión Democrática de 1945-1946; en el permanente juego de fusión entre pasado y presente que practican las publicaciones montoneras de agitación, esta construcción discursiva colocaría al peronismo revolucionario, y particularmente a Montoneros, en el espacio de los ejecutores de las vindictas populares, en los que se juegan la vida cobrando las deudas que funcionarios de gobiernos torturadores y gorilas han contraído con el pueblo, mientras la U.D. rediviva se deshace en hipócritas repudios.

Toda la nota es Mor Roig: no hay mención alguna de Montoneros, ni características operativas del atentado. Sólo se menciona que el hecho fue producido por “un grupo comando”, sin mayores precisiones¹². ¿Una nueva negación de autoría? Quizás, pero con otros fines, en todo caso, más cercanos a las decisiones tácticas: es la época de los primeros acercamientos a las cúpulas de partidos opositores, a fin de conformar un frente contra la creciente fascistización del gobierno, y como la U.C.R. cumple en ello un papel esencial, conviene no hacer demasiadas olas con la autoría de un atentado que ha tenido como víctima a un hombre del riñón del balbinismo. En todo caso, las motivaciones de este silenciamiento no son las mismas que han llevado al anonimato de la ejecución de Rucci.

Porque el énfasis puesto en un contrapunto que sólo apunta a la víctima, el mecanismo de recordar al enunciario quién era, en realidad, Mor Roig (o incluso, en el peor de los casos,

¹² Sin embargo, en el poco tiempo de legalidad que aún tienen abierto, la militancia montonera y juvenil nunca tuvo la menor duda de que su propia “Orga” había producido el hecho: el cántico “Oy, oy, oy, oy, qué contento estoy. ¡Vivan los montoneros que mataron a Mor Roig!” no es un dechado de talento poético, pero testimonia esa certeza militante. Corresponde mencionar aquí que esa misma militancia no tuvo, ni en su momento ni después, la misma certeza respecto de la muerte de Rucci. En los términos propuestos por esta investigación, diríamos que la muerte del dirigente cegetista careció de racionalidad –y, por tanto, fue excesivamente distante en la relación medios-fines, un típico pecado de “estrategismo”- incluso al interior de la propia militancia montonera, al punto de llegar a dudar de la autoría de un atentado que, después de todo, la dirigencia orgánica no había reivindicado. En cambio, para esa militancia, los hechos de Trelew y el G.A.N. eran tan cercanos en su construcción imaginaria de la política, que la racionalidad del ajusticiamiento era transparente; tanto como para reconocer en él la autoría de la Organización en la que militaban. Para testimonios del inmediato desconcierto en diversos ámbitos montoneros ante los hechos de la Avenida Avellaneda, cf. ANGUIA, EDUARDO – CAPARRÓS, MARTÍN. *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Buenos Aires. Grupo Editorial Norma, 1998, vol. II, pp. 184-189.

quien era Mor Roig, lisa y llanamente) encierra un destinatario imaginario de ese enunciado que, precisamente, necesita que le recuerden estas cosas; presupone que ese destinatario las ha olvidado, no forman parte de su imaginario político cotidiano y, por lo tanto, que se trata de un atentado cuya racionalidad no es visible para buena parte de la sociedad. Así, el enunciador cree necesario recordarle al lector que el ajusticiado “fue fiel a la dictadura hasta sus últimos momentos”, “el cerebro político del lanussismo”, que prestó “su cara para los crímenes de la dictadura”. Se trata, pues, de una reparación histórica, una vindicta, una deuda pendiente con los que derramaron su sangre por el retorno de Perón, por los torturados, los asesinados en Trelew.

Una vindicta... Quizás allí se halla la clave de la estrategia discursiva empleada para otorgar inteligibilidad a esta ejecución, a la que, como hemos dicho, el enunciador presupone irracional a ojos de la sociedad en su conjunto. Se trata de quitarle estrategismo –si es que lo tenía-, de acercar medios y fines, recurriendo a la imagen de la operación Aramburu y al argumento que el enunciador considera que la sociedad encontró más válido en aquella oportunidad: la vindicta. Si la sociedad consideró “racional” la muerte de Aramburu, que vengaba a los fusilados de José León Suárez, ¿por qué no habría de otorgar la misma racionalidad al ajusticiamiento de Mor Roig, que cobraba la deuda de sangre de los “héroes de Trelew”? Para esto, era necesario insistir en una construcción de la víctima como “culpable”, haciendo hincapié en todos aquellos aspectos que lo transformaban en el objeto natural de esa “vindicta”.

A MODO DE CONCLUSIONES (SIEMPRE PROVISORIAS)

En este trabajo, hemos intentado abordar el espinoso problema de la representatividad social alcanzada por las praxis político-militares de las organizaciones armadas en la Argentina de los '70. Lo hemos hecho a partir de toda una serie de limitaciones, propias de una ponencia de este tipo: dentro de las organizaciones armadas, nos hemos centrado en Montoneros; las praxis político militares se han limitado a las formas de “justicia popular”, sumarias o no; y, naturalmente, no hemos abarcado más que un aspecto de la representatividad social: el que la Organización presupone, entendido como la racionalidad adjudicada a cada uno de los hechos.

A modo de hipótesis inicial, creemos, en primer lugar, que con el operativo Aramburu, Montoneros logró configurar un hecho inicial de alta inteligibilidad (“racionalidad”, en el sentido dado por Slipak en clave arendtiana), del que la sociedad no dudó: sólo el peronismo, o un sector de él, podría haber producido ese hecho. Esta constituye, dicho sea de paso, una causa más para la fuerte autoconstrucción de la “Orga” en los comunicados: la necesidad de diferenciarse, de establecer su particularidad dentro del Movimiento. Brazo armado, sí; pero brazo y no otra cosa.

Pero, en segundo lugar, nos da la impresión que a Montoneros le fue resultando cada vez más difícil producir hechos político-militares que mantuvieran tal grado de transparencia hacia la sociedad argentina. Las instancias montoneras de dirección parecen haber percibido que el internismo dentro del peronismo, y un alejamiento insólitamente rápido de la opinión pública, transitando desde un grado de movilización extrema (mayo de 1973) hasta un extrañamiento completamente enajenado del proceso político (julio de 1974) había alejado la inteligibilidad inicial de las praxis político-militares y, en la misma medida, los obligó a desplegar cada vez mayores grados de racionalización sobre sus acciones armadas, intentando –en principio podríamos decir que vanamente- mantener con ellas esa representatividad que había sido tan inmediata en 1970.

Estas hipótesis encierran, entiendo, una amplia agenda de problemas, que nos remiten a causalidades, dinámicas y procesos, que deberá calibrarse en sus variantes general y también sobre la base de estudios particulares según las regiones, ámbitos de militancia y otras variables posibles, sin olvidar los valiosos aportes que puede hacer en esto la historia oral, tanto construida a partir de las memorias militantes (dirigenciales y de base) como de los que no tuvieron participación directa en el proceso político.